

TEOLOGÍA Y ORACIÓN²

Cada una de estas dos palabras ha hecho correr ríos de tinta, ¡tanto que es verdaderamente una locura querer hablar de las dos simultáneamente en unas pocas líneas! Es cierto, pero ¿debemos por eso permanecer mudos sobre algo que puede llenar una vida? En lo que a mí respecta, teología y oración ocupan tal lugar en mi existencia, que tengo que tomarme el tiempo de hablar un poco de ellas, aunque más no sea para ver un poco más claro yo mismo acerca de lo que Dios me concede vivir. Y será una alegría para mí si estas pocas líneas pueden ayudar a otros a ver más claro en su vida.

D. B.

Hoy en día está de moda celebrar algunos centenarios, jubileos u otros aniversarios. Y sucede que 1999 era el 16º centenario de la muerte de un hombre, un cierto Evagrio Póntico, sin duda desconocido para muchos de nosotros. Este hombre tuvo la dicha de tener como maestros a los más grandes de su tiempo: Gregorio de Nazianzo para la teología y Macario de Alejandría para la oración. Todavía hoy estos dos maestros forman parte de los más grandes: su notoriedad sigue siendo inmensa. De esta doble enseñanza, Evagrio sacó la siguiente conclusión, que sintetizó en un fórmula que todavía hoy interpela:

Si eres teólogo, orarás verdaderamente; y si oras verdaderamente, eres teólogo.

Hasta hoy no he encontrado una frase más concisa y más justa para expresar el vínculo que une a la teología y a la oración. Ciertamente no pretendo superar a Evagrio. Quisiera simplemente, para rendirle homenaje en este décimo sexto aniversario de su muerte, y para rendir homenaje a sus maestros, meditar esa bella fórmula del Póntico, como un contrapunto, para subrayar algunas armonías.

Observé que Evagrio no relaciona dos actividades (la teología y la oración), ni dos individuos (el teólogo y el orante). Evagrio habla más exactamente de un único y mismo individuo (el teólogo), del cual retiene una sola actividad (la oración). Así opina sobre el vínculo constitutivo e indisoluble que une a un ser (el teólogo) y su hacer (la oración). La oración constituye al teólogo, que, sin ella, no es más nada. Pero la oración también emana del teólogo, sin el cual no existe.

Evagrio encontró, sin duda, la mejor manera de expresar el indisoluble vínculo entre teología y oración. No pretendo hacerlo mejor. Simplemente me ubicaré en otro nivel, el de la metáfora, para evocar este vínculo.

La teología y la oración son dos hermanas; no dos competidoras, ni dos extrañas, sino dos hermanas. Son tan cercanas que es difícil decir cuál es la mayor. Y aunque se lo pudiera decir, no habríamos avanzado mucho porque estas dos hermanas se aman tan entrañablemente que cada una estaría dispuesta a ceder su derecho de mayorazgo a la otra. ¡Tal vez sean gemelas! No lo sé.

¹ El autor de este artículo es el Pastor D. Bourguet, de la Iglesia Reformada de Francia.

² Traducción del artículo aparecido en *Collectanea Cisterciensia*, 62(2000), pp. 187-192. La traducción castellana fue realizada por la Hna. María Isabel Guiroy, osb, Monasterio Nuestra Señora del Paraná, Aldea María Luisa, Entre Ríos, Argentina.

Teología y oración son dos hermanas; su madre es el conocimiento de Dios y su padre el Espíritu Santo.

Sí, el Espíritu Santo es el padre de las dos; con una y con otra despliega el mismo y constante cuidado; las educa, las corrige, las estimula, las anima, las exhorta; en síntesis, les muestra el camino de la vida y hace todo lo que un buen padre hace por sus hijas amadas.

Sin el Espíritu Santo, Teología no tiene el menor sabor en su discurso; ella embauca a los que la escuchan y engaña a los que confían en ella. Sin el Espíritu Santo, Oración pierde toda su belleza; se abusa de los que se vuelven a ella y los encierra en sí mismos para entregarlos luego a la desesperación o al iluminismo. Sin el Espíritu Santo, las dos hermanas terminan por despreciarse una a la otra.

Nadie sabe de dónde viene el Espíritu Santo ni adónde va, pero sus hijas saben cuándo está presente e incluso acechan su paso para escucharlo; en esto reside su placer, así como a Él le place confiarlas a quien quiera recibirlas. Para no separarlas, el Espíritu Santo las hace descender a las dos al mismo “pesebre”; le pide al hotelero que cuide a las dos: “¡Si eres teólogo, ocúpate de las dos; si eres orante, haz lo mismo! ¿Y por qué no podrías ser las dos cosas al mismo tiempo?” ¿Por qué, en efecto, separar a aquellas que el Espíritu ama con un mismo amor y a las que prefiere visitar cuando sabe que están juntas?

El conocimiento de Dios es la madre de las dos hermanas; las dio a luz, las hizo nacer al mundo, les abrió los ojos y las alimenta día tras día con la mayor humildad.

¿Quién es esta mujer? Es tan humilde que nunca dice nada de sí misma. Mujer humilde cuyo silencio está habitado por lo inefable. Mujer humilde que ha visto lo invisible y cuya mirada quedó transfigurada para siempre.

Teología y oración tienen los mismos ojos que su madre y saben decir lo que su madre no sabe decir: y es su padre quien les enseña a decirlo.

El conocimiento de Dios es del orden de la experiencia. A través de la teología, se convierte en un saber, comunicable en parte a los demás. A través de la oración, se convierte en respuesta al Dios que se da a conocer.

Sin su madre, Teología se convierte en elucubración y Oración en charlatanería, ambas tan vacías como pretenciosas.

Si el conocimiento de Dios es del orden de la experiencia, esta experiencia es parecida a una napa freática, que surge a veces en vertientes que los beneficiarios saben detectar claramente en su vida, o que alimenta por las raíces una abundante vegetación que tiene dificultad para descubrir aquello de lo que sin embargo se siente deudora.

Hay diversidad de experiencias de Dios, y por eso hay diversidad de teologías y de oraciones; pero hay un solo Espíritu que asegura la unidad. A nosotros nos corresponde, entonces, saber discernir en qué nuestras teología y nuestras oraciones, en su diversidad, son verdaderamente hijas de un mismo Espíritu, ya que no todas lo son, aún cuando lo pretendan.

¿Cómo discernir entonces? Aquí es donde las dos hermanas se hacen mutuamente inmensos favores. La teología puede convertirse en deísta y alejarse del Dios vivo. La oración ayuda entonces a discernir si la teología es justa y verdadera, bíblica y espiritual, cercana al Dios viviente que se da a conocer.

Por su parte, la oración puede replegarse sobre ella misma y convertirse en un monólogo interior. Es entonces cuando la teología puede ayudar a discernir lo que verdaderamente hay en ella, si la oración es justa y verdadera, idolátrica o hinchazón de uno mismo, separada del Dios viviente.

Cuando una de las dos hermanas está en peligro, la otra viene en su ayuda. Cuando una está sin la otra, están siempre en peligro. Pero cuando están juntas, avanzan siempre con más seguridad.

¿Qué más podríamos decir de la complicidad de estas dos hermanas? Oración impide a Teología que caiga en los reveses de la moda. Teología, en efecto, tiene siempre la tentación de buscar complacer a los hombres, mientras que Oración se protege del qué dirán.

Teología puede extraviarse en la demagogia, pero Oración conoce a su hermana y la ayuda a evitar este paso en falso.

Por su parte, Teología da a Oración su rigor y la protege así de todo iluminismo. Oración tiene a veces la tentación de huir de los hombres y puede caer en la misantropía, pero Teología conoce a su hermana y la ayuda a evitar este paso en falso. Cada una tiene realmente necesidad de la otra para vivir y para ser verdaderamente ella misma.

Oración es íntima del silencio y compone con él sus más bellos cánticos. Teología teme al silencio y trata de llenarlo rápidamente, con el riesgo de caer a veces en la charlatanería.

Tanto Oración como Teología han tomado posesión del lenguaje; Teología por necesidad, para comunicarse con los demás; Oración también por necesidad, para comunicarse con Dios. Teología se siente más cómoda en la prosa; Oración prefiere más la poesía. Una canta con gusto, incluso cuando está sola, sin preocuparse si nadie se interesa por ella, salvo Dios, sin el cual ella languidece. La otra afina con gran aplicación sus conceptos, para estar segura de que será bien comprendida por todos, enrojeciendo de vergüenza si es mal comprendida, porque sabe que Dios sufre detrimento con ello. Teología recorre las plazas y las calles para hablar del Rey. Oración entra en el palacio y no se cansa de maravillarse en presencia de aquél a quien no quiere dejar de mirar. A Oración le conviene callarse, lo cual siempre termina por hacer. A Teología le conviene saber hablar mejor, lo cual se esfuerza por hacer.

La gran felicidad de las dos hermanas es la de vivir una al lado de la otra día tras día, lo cual han hecho fielmente durante más de un milenio de la vida de la Iglesia; hasta el día en que, en alguna parte en Occidente, el Divisor pasó por allí. Entonces sucedió un drama, cuyas consecuencias pueden medirse hasta hoy. La Iglesia de Occidente todavía no se ha repuesto. El drama en cuestión, para sintetizar, es que Occidente encerró a Teología en un edificio que juzgó apropiado: la universidad; y a Oración en otro edificio: el monasterio. Entonces las dos hermanas se enfermaron, cada una a su modo, cada una enferma por no poder beneficiarse ya de la presencia de la otra.

Oración quedó un poco confinada en aromas de incienso que Teología terminó por no poder soportar. Teología abrió sus ventanas de par en par, confundiendo el aire libre con el soplo del Espíritu Santo, mientras que Oración cerraba las suyas, impidiendo que el Espíritu Santo le diera un soplo nuevo.

Cada una de las hermanas, una sin la otra, se hicieron orgullosas y terminaron por ver en la otra una rival. Teología, sin su hermana, en su orgullo, llegó hasta a dividir a la Iglesia, olvidando que Oración vuelve a ubicar en el camino de la unidad. Por su parte, Oración, sin su hermana, llegó hasta a dictar anatemas, y a despreciar a Teología, que podía impedirle que lo hiciera. Las dos olvidaron hasta qué punto una podía ser un parapeto para la otra.

Cada vez que Oración juzga a Teología o se separa de ella, cae en el orgullo. Humilde es la oración que busca la compañía de la teología; en su presencia, se hace más humilde todavía.

Cada vez que Teología mira a Oración desde arriba, cae en el orgullo. Humilde es la teología que tiene sed de oración; al saciarse con esa agua, se hace más humilde todavía.

Sin la teología, la oración mira con desdén el conocimiento sabio. Sin la oración, la teología mira con temor el conocimiento místico. La teología se jacta entonces de su ciencia más refinada, y la oración de su conocimiento más profundo.

Las dos hermanas, una vez separadas, se creyeron reinas, cuando no son más que servidoras, servidoras del mismo rey, en su diálogo con su pueblo; una habla de Dios a los hombres, y la otra de los hombres a Dios.

Como todas las servidoras, Teología y Oración deben aprender a estar allí, pero manteniéndose apartadas.

Teología sabe que debe convertirse en servidora inútil cuando, luego de haber hablado de Dios a los hombres, ve a los hombres volverse hacia Dios y abrirle su corazón en la oración. ¡Qué gozo el de Teología, que ve entonces a su hermana dar lo mejor de sí misma!

Oración sabe que debe convertirse en servidora inútil cuando, luego de haber hablado de los hombres a Dios, oye a Dios instruir el corazón del hombre. ¡Qué gozo el de Oración, que deja a su hermana preparar el corazón del hombre para recibir lo que viene de Dios!

Hoy en día, Teología y Oración se buscan confusamente, para reanudar lentamente sus vínculos. Cada una siente un malestar frente a la otra; pero cada una busca comprender mejor lo que fue la vida de la otra durante la separación, los traspiés y los sufrimientos que sobrevinieron por esa separación.

Teología, no tengas miedo de reencontrarte con tu hermana y aprende de ella a ponerte de rodillas. Y tú, Oración, tampoco tengas miedo de reencontrarte con tu hermana y aprende de ella a inclinarte sobre un escritorio. Y en este humilde gesto, el soplo del Espíritu vendrá a acariciar sus rostros. Ustedes son dos hermanas a quienes el Rey quiere contemplar juntas.

*Les Abeillères
F - 30270 Saint-Jean-du-Gard
Francia*